



PREGÓN DE SEMANA SANTA DE UTRERA 2016

Consolación Guerrero Mira

PREGÓN
DE
SEMANA SANTA
DE
UTRERA

PRONUNCIADO

EN EL

TEATRO MUNICIPAL ENRIQUE DE LA CUADRA
EN LA MAÑANA DEL DOMINGO DE PASIÓN,
DÍA 13 DE MARZO DE 2016

POR

DOÑA CONSOLACIÓN GUERRERO MIRA

Edita: Consejo de Hermandades y Cofradías de Utrera
Excmo. Ayuntamiento de Utrera

Fotografía portada: Foto García

Fotografías interior: Manuel Díaz

Maquetación: Pepe Florido

Imprime: Utrera Gráfica

Depósito Legal: SE-2713-11



CONSEJO DE HERMANDADES Y COFRADÍAS DE UTRERA

PRESENTACIÓN
DOÑA ANA SÁNCHEZ SOUSA

DIRECTOR ESPIRITUAL DEL CONSEJO DE HERMANDADES Y COFRADÍAS; ILUSTRÍSIMO SR. ALCALDE DE LA CIUDAD DE UTRERA; SR. PRESIDENTE Y JUNTA SUPERIOR DEL CONSEJO DE HERMANDADES Y COFRADÍAS; SRA. PREGONERA; SRES. HERMANOS MAYORES DE LAS HERMANDADES SACRAMENTALES, DE PENITENCIA, GLORIA Y AGRUPACIONES PARROQUIALES; SRA. PRESIDENTA DE LA ASOCIACIÓN DE MARÍA AUXILIADORA; SEÑORAS Y SEÑORES COFRADES:

Difícil tarea la que me encomendó la pregonera el 15 de octubre de 2015, y es que presentar a Dña. Consolación Guerrero Mira puede parecer sencillo, pues todos la conocen, pero créanme que no lo es. Ella es “Conso, la de la tele” una persona más de la familia que a través de la pequeña pantalla entró en nuestros hogares. Pero Consolación Guerrero es mucho más. Es una enamorada de Utrera, de sus costumbres y tradiciones que son el sello de identidad de nuestra amada tierra.

La primavera de 1969 brilló sin duda más que nunca en el hogar de Rafael Guerrero y Ana Mira, pues casi con la entrada de la estación que la sangre altera llegó el nacimiento de su primera hija.

¡Y fíjense qué casualidad! El domingo, 23 de marzo, cuando D. Manuel Toro debiera estar pronunciando el Pregón de la Semana Santa de Utrera de ese año, Ana se puso de parto y Rafael, con los nervios propios de padre primerizo, tuvo que llevarla al Hospital de la Santa Resurrección, el Hospitalito, donde a la hora taurina, las cinco de la tarde, nacería Consolación.

Nacida ese día, un domingo de Pasión, y siendo nieta del maestro Francisco Guerrero, músico y escritor, era más que de esperar que la recién nacida, algún día, sería la encargada de pronunciar dicho Pregón.

Esta utrerana de pro, que fue bautizada en la Parroquia de Santiago el Mayor y confirmada por el Cardenal Arzobispo Emérito de Sevilla, D. Carlos Amigo Vallejo, en la Basílica de María Auxiliadora, durante once años fue la niña de “sus ojos” de su abuela Dolores y de sus padres, hasta que esos mimos tuvo que compartirlos con la llegada de su hermana Mariló, de la que además es madrina, y que en sus primeros años la llamaba “marmana”, mezcla de mamá y hermana, dada la diferencia de edad entre ambas.

Con cuatro años llegó, para cursar sus estudios de EGB, al Colegio del Divino Salvador (Salesianas) en el que, unida al “Grupo de fe”, pasa casi veinte años de su vida. Consolación confiesa que “de allí no quería salir”.

En ese tiempo también tuvo una participación activa en el Grupo Joven en el que coincidió con el recordado salesiano Manolo Parra.

En los primeros años de su adolescencia llega a matricularse en primero de Delineante Industrial, estudios que abandonó, pasando entonces al Instituto, y sin encontrar en ellos su verdadera vocación.

La intenta buscar en el trabajo y a los 16 años comienza su vida laboral como dependienta.

Pero hay un hecho que marcará su vida para siempre y hace que empiece a querer más a Utrera, si es que más amor cabe.

Con solo 18 años, se ve obligada a emigrar junto a su familia a la localidad tarraconense de El Vendrell, como tantos otros utreranos hicieran.

Ella define ese hecho como un “secuestro”. Fueron tres meses que se los pasó llorando. Estar tan lejos de la tierra que la vio nacer y crecer se hacía cada día más insoportable, pero ella tenía un contrato de trabajo, de un año de duración, por lo que volverse era algo más que improbable.

A los llantos de Consolación se unían, durante todo ese mismo tiempo, los de su madre, la que contagió de “utreranismo” a nuestra pregonera, y Rafael tuvo que tomar la decisión de regresar a Utrera porque aquella situación era insostenible.

Apilan sus muebles en un camión y, sin un duro, emprenden el camino de regreso en el que Consolación, en un principio, no estaba incluida pues tenía que cumplir con su trabajo, pero se las apañó para venirse y subir a ese camión. Más de 1000 kms, sentada junto al conductor, para “llegar a tiempo a la Feria de Utrera”.

En 1987 Consolación Guerrero comienza a trabajar en Electro Vídeo Utrera y, por fin, encontró su verdadera vocación y empezó a for-

marse académicamente para ser la gran profesional de los medios que es en la actualidad.

Marketing, Cámara profesional, Locución, Guionista de informativos, son solo algunos de los títulos que posee.

A principios de los 90 se enrola en una nueva aventura, en la recién nacida “Tele Utrera” donde coincidimos y nació la amistad que nos une y nuestra complicidad. Después pasó a Uvitel y también estuvimos juntas allí.

En estos medios ha hecho de todo pues su mente es inquieta y no para ni un momento. Su creatividad es imparable. Y lo digo porque he trabajado junto a ella y créanme que la conozco bien en ese terreno. Siempre está “maquinando”.

En 2011, Francisco Jiménez le ofrece la posibilidad de trabajar cuatro años por Utrera y sus tradiciones formando parte de la candidatura que el Partido Andalucista presentaba a las Elecciones Municipales de ese año.

Consolación Guerrero aceptó la invitación del entonces alcalde de Utrera, y desde su independencia política, ella nunca se ha afiliado a ningún partido, desempeñó el cargo de concejal de Fiestas Mayores y Turismo de 2011 a 2015. Durante su mandato logró, con el consenso de todas las partes, que el Carnaval se celebrara en su fecha y no pisara la Cuaresma; se inició la nueva Carrera Oficial en la Plaza del Altozano y, tras un año y medio de trabajo, logró los locales de ensayo para las bandas de la VeraCruz y Muchachos de Consolación. De esto último es de lo que más orgullosa se siente en su aportación al mundo cofrade.

En la actualidad es la responsable del Gabinete de Prensa de la empresa alcalareña, GSA y acaba de poner en marcha “La revista de Utrera”, nuevo proyecto on line nacido de esa mente inquieta y creativa, que antes les decía.

Sus primeros recuerdos de la Semana Santa de Utrera están relacionados con la esquina de la calle Pino junto a sus padres, muy cerquita de la calle Sevilla que es donde vivía de pequeña, y unos añitos

después se unen la Fuente Vieja y la Peña Bética, aunque los mejores están relacionados con el balcón privilegiado de su casa en la calle San Fernando, frente a las Hermanas de la Cruz.

Deduzco que el ser cofrade y enamorada de la Semana Santa lo heredó de él, de su padre, que hoy sin lugar a dudas estará disfrutando desde su balcón del cielo al verla Pregonera.

Lleva a gala el que nadie sepa a qué hermandad de Penitencia utrerana pertenece, pues está vinculada a la Trinidad, Quinta Angustia (por las que siente un inmenso y profundo amor) o la VeraCruz, en la que ha realizado más vida de Hermandad en los últimos años.

Pero tu secreto mejor guardado, amiga mía, lo voy a desvelar hoy. Consolación Guerrero es hermana del Redentor Cautivo. Y ante su titular, Nuestra Señora de las Lágrimas, contrajo matrimonio el 23 de octubre de 1999 con Manuel Díaz, al que conoce de toda la vida pues muy cerca se criaron y con quien ha trabajado casi treinta años. De esa unión, que además de estar bendecida por la Iglesia lo está, también, por el repique de las campanas centenarias de la torre de Santiago el Mayor, que los campaneros utreranos regalaron a la pareja a la salida de la Parroquia, nació, hace 14 años, su hija, Cristina.

La niña de su alma, nazarena de la VeraCruz y Santo Entierro desde muy pequeña, y que de seguro será una cofrade más.

Consolación Guerrero Mira ha pronunciado el Pregón de la Semana Santa de El Vendrell, el de las Glorias de María en la capilla de Fátima de Utrera, el de la Trinidad, la Exaltación a la Virgen de los Ángeles de la Quinta Angustia y el Pregón a tres voces del Tricentenario de la Hermandad de la Santísima Trinidad. Ha colaborado aportando sus artículos y escritos para Boletines y ha intervenido en diferentes actos de hermandades. Ha presentado y dirigido distintos programas cofrades en televisión, así como las retransmisiones de Semana Santa.

Ante este bagaje, sobra decir que méritos propios te avalan para estar hoy aquí con tal cometido.

La tarea que me encomendaste llega a su fin, pero antes quiero agradecerte el enorme regalo que me has hecho eligiéndome para ser

tu presentadora, las palabras se quedan cortas a la hora de darte las gracias por permitirme acompañarte en esta travesía.

Han sido muchas las estaciones de penitencia que hemos hecho juntas. Sin hábito de nazareno ni cirio, pero sí micrófono en mano compartiendo vivencias y emociones únicas cada Semana Santa, llevándolas a los hogares de aquellas personas que por distintas circunstancias no podían vivirla en la calle y emocionarse al paso de cada Hermandad.

Pero hay otros momentos que no se ven y que no trascienden pero en los que siempre has estado junto a mí, porque los verdaderos amigos llegan a tiempo. Y tú eres una verdadera y auténtica amiga de tus amigos, entre los que tengo el honor de contarme.

En mis momentos de flaqueza me has dado la fuerza y ayuda para mantenerme firme y en mi sitio. Cual costalero has metido cuello y riñones para suplir las fuerzas que me faltaban a mí.

¡Amiga, esta chicotá ya es tuya!

Ahora toca lucir la palabra, mecerla poniendo la misma alegría que si de un palio por Carrera Oficial se tratara.

¡Disfruta de tu chicotá, pregonera! Porque así nos contagiarás de sentimientos, nostalgia y nos harás recortar el tiempo de espera.

Ahora sí. Ha llegado el momento de pasar el micrófono a Doña Consolación Guerrero Mira, Pregonera de la Semana Santa de Utrera 2016.

PREGÓN
DE
SEMANA SANTA

*A mi familia,
a mi niña Cristina,
y a la Utrera que quiero...*

UTRERA,

-DIRECTOR ESPIRITUAL DEL CONSEJO DE HERMANDADES, REVERENDO DON JOAQUÍN REINA.

-ILUSTRÍSIMO SEÑOR ALCALDE DON JOSÉ MARÍA VILLALOBOS.

-PRESIDENTE DEL CONSEJO LOCAL DE HERMANDADES Y COFRADÍAS, DON MANUEL PEÑA DOMÍNGUEZ Y MIEMBROS DE LA JUNTA SUPERIOR.

-HERMANOS MAYORES DE LAS HERMANDADES SACRAMENTALES, PENITENCIA Y GLORIA.

-ARCHICOFRADÍA DE MARÍA AUXILIADORA Y AGRUPACIONES PARROQUIALES.

-DIRECTOR Y MÚSICOS DE LA ASOCIACIÓN MUSICAL UTRERANA.

-MIEMBROS DE LAS TERTULIAS DE UTRERA.

-CRISTIANOS, AMIGOS Y FAMILIARES. LOS QUE ESTÁIS EN ESTE FABULOSO TEATRO Y LOS QUE ESTÁIS SIGUIENDO EL ACTO, A TRAVÉS DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN.

Gracias a todos por vuestro apoyo y vuestra confianza.

Gracias a los que en mi camino habéis dejado vuestras huellas, a los Grandes Utreranos que ya no están, y de los que tanto aprendí.

Salesianas y salesianos, por la semilla de fe que sigo cuidando.

Mis amigos y amigas, que siempre están, cuando tienen que estar.

Ana, mi dulce compañera, no podía haber sido de otra manera. Nunca olvidaré, con cuanto cariño me has acompañado en esta travesía.

Mamá, gracias por todo lo que me has dado y por tanta utrera-nía inculcada, que no sé vivir lejos de esta tierra.

Marilo, utrera-na intensa,hermana y amiga, no recuerdo un momento bueno o malo en el que no hayas estado a mi lado.

Manuel, compañero, de trabajo y vida. Contigo aprendí a escuchar, a fijarme en cada detalle. Con tu cámara, con nuestra hija en brazos, llevándome de la mano de una esquina a otra, cada

sonido, cada imagen tuya y cada momento vivido a tu lado, es un pregón.

Cristina, gracias por tu paciencia tu complicidad, y por completar nuestra vida. Recuerdo tu primera ropa de nazareno, no medía más de cincuenta centímetros, o la primera vez que te vi salir con tu padre un Viernes Santo. Me enorgullece que a pesar de todo, siempre cumplieras tu estación de penitencia, porque para ti era importante.

Son tantos años, dedicando tiempo y esfuerzo para llevar a los hogares la Semana Santa Utrerana. Que comprenderéis que dedique unas palabras a mis compañeros, a los periodistas cofrades, que ponen sus cinco sentidos en captar la esencia. La televisión, la radio, las revistas y periódicos, son los ojos y los oídos de los que no pueden estar.

Y esa gente memorable con los que he vivido grandes momentos, Ana Fernández y Jesús Cerdera en 1987, maratón de poesía en nuestra primera chicotá. Ulises, Lolo, Paco, Francis, Jesús y Juan Miguel, fuimos pioneros de un espejo donde Utrera se miró la cara y de un balcón donde ver nuestras cofradías. Y tantos otros, que han dedicado su tiempo a mostrar la Semana Santa a través de la televisión. Y en la memoria de todos: Mari Carmen Mena y Pepe Álvarez, que están en el palco del cielo, con mis suegros, mis abuelos, mis tíos y mi padre que, con sus amigos del bar “El Pozo”, no para de repetir *!esa es mi Consolación!* Mi padre sabe de mí, de lo mundano y de lo eterno. Mi padre, como siempre, sigue sabiendo más que yo.

Y Tú, Capitana Marinera, Virgen Bendita de Consolación, que este año, nos abres las puertas de la misericordia infinita del Señor. Desembarco y vuelvo a embarcar cada día en el barco de tus amores, en un viaje que siempre me lleva al puerto en el que estás Tú. Gracias por soltar las amarras de tu barco, para que pueda emprender este viaje por los sentidos. Dirige Tú las velas, para que no pierda el rumbo. Con mi vida entre tus manos, me meceré sobre olas pregoneras, tranquila, serena y confiada. Vengo a descubrir un mar de sensaciones cofrades en tu barquito de filigranas, para que sujetes el timón de mi destino

una vez más. Recorreré los recuerdos que mi memoria atrapó, navegando por las costas de las mejores primaveras que guarda mi corazón.

Siempre pensé, que sería cuando Dios quisiera, si es hoy, Él sabrá por qué, que yo hace mucho, que aprendí a no pedirle explicaciones ni a debatir con Él.

Así que aquí me tienes Utrera. Vengo a decirte cuanto te quiero. Que me gustas como eres, con todas tus consecuencias, con tus desplantes orgullosos, con ese sinvivir cofrade que me enamora, con tu lejanía y tu cercanía inconscientes, tus *postureos*, tu bondad, tus tertulias acaloradas y hasta tus *mentideros*.

El que me manda los días que faltan para el Domingo de Ramos, el capillita, el que no suelta la cámara, el que lleva la cartera llena de estampitas, el que escucha marchas en el coche, los que critican y los que arreglan el mundo, un amigo que es “marqués” y otro que es “secretario del cirineo”. Los costaleros esclavos de las trabajaderas, los músicos constantes, los capataces elegantes que conocen a su cuadrilla, los penitentes de luz, de insignias, de promesas, de caminar lento, de caramelos y cera.

Claverías responsables, saeteros con devoción, camareras cuidadosas, floristas esmerados, acólitos fervorosos, bordadoras generosas y vestidos ilusionados. Ni te quito ni te pongo, porque mi amor es incondicional.

Larga ha sido mi singladura para llegar a esta orilla y eterno el blanco de los folios, en los que he dibujado pensamientos, poemas y sentimientos.

Hoy no hablaré de los avatares de las hermandades, de los sacrificios de las juntas de gobierno, del trabajo incansable, de cómo aliviáis a familias que pierden la esperanza en un mal vivir de circunstancias. No hablaré de las incidencias, ni de la climatología, que nos han dejado momentos tristes para el recuerdo. Ni siquiera, de vuestra entrega para mantener un patrimonio cultural que sería imposible de valorar y que se afianza con los años. Ni del trabajo incansable de las mujeres cofrades.

Hoy vengo a hablar de tu Semana Santa. Porque mi pasión, siempre ha sido y será... contártela. Vengo a describir cómo te luces presumida derramando por calles y esquinas tu fe cristiana, tu alianza con la historia y con las tradiciones que han pasado de generación en generación. Hoy os entrego mi Semana Santa, la que aprendí y la que amo, la que me gusta sentir y vivir, la que busco por las calles de la Utrera que me vio nacer...

Regalo mis sentimientos
a la Utrera pregonera,
a la Utrera castiza,
la niña morena
que sobre la campiña teje soleares.
La Utrera torera,
que ciñe su cuerpo
cual graciosa espiga entre algodones.
La Utrera coqueta,
que alza sus torres
faros para el que regresa en el horizonte.

Utrera déjame entrar!
que traigo el corazón
lleno de amor a rebosar,
y de sentimientos sinceros
pa decirte que te quiero,
que me tienes *enamora*
de tus cositas de siempre,
de tu arte y de tus calles.
Que tengo pasión por ti,
y te bendigo cien veces
cuando la veo salir.
Que el vaivén de tus cofradías
llevan compás de utrera,
y el sudor de tu gente
en cada trabajadera.
Los ojos del penitente
que son la luz del camino,
y tus calles centenarias,

el contorno de ese Cristo,
un clavel en la ventana
una esquina y un suspiro.

Es la saeta espontánea
y la oración del vencido,
el jarillo del *aguaó*,
la charla y los amigos.
La cera que se derrama,
y la carita de un niño,
el cristal del guardabrisa
y la danza del pabilo,
un *ole!* que se te escapa,
y tres golpes de martillo.
Utrera!, déjame entrar,
que voy a perder el *sentío*,
traigo un pellizco en la falda
y en mi garganta un *quejío*.
Una pasión en los labios
y mis momentos *vivíos*,
traigo el pregón que escribí
“pa” compartirlo contigo.
Te entrego mis sentimientos
si tú quieres recibirlos.

Mi barco huele a incienso. El ocaso de la cuaresma ha puesto punto y final a tertulias y charlas, ensayos y preparativos. Debería dormir, pero me asomo otra vez a la cubierta, para comprobar que las estrellas siguen donde tienen que estar. Suspiro y con una emoción casi infantil, emprendo un viaje por los sueños, deseando que llegue la mañana.

Todo comienza. La pasión en Utrera, nos trae y nos lleva por momentos del Evangelio, para reflexionar sobre cada uno de ellos sin orden aparente.

EL DOMINGO DE RAMOS, EL BARCO DE MIS SENTIMIENTOS, NAVEGA CON VIENTO DE POPA HACIA LA CAPILLA TRINITARIA.

Domingo esperado, que en Utrera es como una sinopsis de la pasión. Una jornada continúa de misterio, donde el Triunfo, la Oración y la Muerte lo hacen pleno e inigualable.

Jesús en su Entrada Triunfal en Jerusalén, sale de la capilla más de barrio que hay en Utrera, a seiscientos pasos de la Fuente de Ocho Caños, frente a la amplitud del cielo, allí donde se pierde la vista en la Vega.

Cuando el Murga de tres golpes a la puerta y abra el cerrojo, saldrá "la primera". El sol iluminará la cruz de guía, y la tricentenaria hermandad de la Santísima Trinidad, mostrará la grandeza de la humildad de Dios.

Mañana de Misa de Palmas, de estrenos, de capirotos remangados, de brillos en los ojos. De padres con nazarenos en brazos, nazarenas con tirabuzones, medias vienas en papel de plata, palmas que se mecen peligrosamente, entre las manos inocentes de los más inocentes penitentes. Mañana de algarabía, de bulla, de ir y venir, de saludos, de celebración y júbilo.

Me adelanto, para esperarla en la Fuente Vieja. Allí la he vivido, la he contado, y me he emocionado tantos años. Me gusta, mirar hacia el mercado y presagiar el leve movimiento de costero a costero.

Llega a la fuente y una leve brisa mece la palmera cuando, andando sin estridencias, pasa ante ti la gloria.

El majestuoso paso trinitario cuajado de detalles, hace que cada encuentro sea un nuevo descubrimiento.

Pasé por la plaza,
y de la plaza a tu barrio,
rozando los azahares,
que se han bajado del árbol.
Al llegar mire tu cielo
triste gris y aletargado
¿no sabe el cielo que viene,

presto el Domingo de Ramos?
Que Utrera está preparada,
el cofrade preparado,
¡cielo que ya vienes tarde
para el Domingo de Ramos!
Dile a las nubes que abran
sitio a mi cielo azulado.
Que mi gente se levanta,
mañana de primavera,
por ver salir a la calle
la que será la primera.
Hay un río de palmas
y de azules nazarenos,
hay un sol que te hace guardia
desde las puertas del cielo,
para que Utrera reciba
a Jesús el carpintero.
Hay un borriquillo noble
que pasara por mi vera,
en un paso que huele a flores
y a mostachones de Utrera.
Le dice la Corredera
a la plaza de Santa Ana,
¡ya viene el Señor subiendo
desde Fernanda y Bernarda!
Acércate ya a la fuente
que te estamos esperando,
que eres la llave de oro
del cofre del Utrerano.
Es la hermandad trinitaria
la que nos abre la puerta,
y mira si es generosa,
que siempre la deja abierta.



DOY UN GOLPE DE TIMÓN A MI VELERO Y PONGO RUMBO A GETSEMANÍ, MIENTRAS LA TARDE MAGNIFICA LLEGA SIN PRISAS.

Voy a su encuentro. Y lo sé de antemano. Me lo dice el corazón nada más ver la cruz de guía, lo voy presintiendo al ver los cirios que portan los penitentes. Aun así, cuando tras una nube de incienso que se desvanece, brilla todo el esplendor del misterio de la Oración en el Huerto, la emoción es irremediable.

Al atardecer, cuando el cielo luce sus colores más místicos en el horizonte, volveré a rezarle. En ese momento de encuentro, cuando su oración es nuestra. Contemplo el sueño de Juan y Pedro, a Jesús con las manos extendidas hacia el Padre. Sobre una nube celestial, el ángel de Utrera, con una dulzura y un matiz de intimidad, que realza su presencia confortadora.

Más tarde te buscaré, y volverás a ganarme el terreno con chichos valientes. Quedaré admirando tu huerto de claveles rojos y los cuatro ángeles que por tu cuadrilla velan.

La oración, que sale de una capilla pequeña, pero construye una catedral entre el olivo y la tierra. Las ramas que se mecen con una melodía perfecta, el ángel que mira a Jesús mientras la traición se acerca, y una espada que San Pedro lleva en su mano izquierda. Todo ello lo hace inmenso, aún en la inmensidad de la Vereda.

Un silencio hay en sus labios
que sólo se oye en el cielo,
el eco de un Padre Nuestro
y una súplica de miedo.

En la oración se adivina
que vendrán a traicionarlo,
y será un beso de amigo
el que venga a condenarlo.
Se abre un manto estrellado
sobre el huerto de tu paso,
Jesús lavadero de almas,
luz que brilla en el ocaso.

La música es un lamento
un sentir conmocionado,
que vuela hasta la gloria
de las palmas de tus manos.

Están las calles en vilo
los corazones postrados,
el aire se mece triste
por tu rostro acanelado.
Y el pueblo es un sinvivir
de gentío emocionado,
al verte rezar Señor
en Utrera arrodillado.



Y CUANDO CREES QUE EL VIAJE POR EL DOMINGO DE RAMOS HA TERMINADO, SIN MAPA NI BRÚJULA, MI BARCO YA SABE DÓNDE LLEVARME.

Lo veré en la salida y reflejado en los ojos de las Hermanas de la Cruz, veré cambiar el color del cielo tras el sudario. Pensaré que la jornada ha sido larga y el descanso es merecido. Pero mis pasos me llevarán a aquella calle donde las emociones me roban el corazón.

No apartes la mirada de la distancia, escucha el sonido que se acerca, serán los músicos de Pasión y Esperanza. Fijate como en la esquina se adivina el resplandor que precede a los faroles del paso de misterio. Solemne, emotivo, escena cruel de la Pasión.

El Cristo de la Caridad y María Santísima de la Piedad, suben la cuesta empinada prácticamente a oscuras, llenando de sombras el color de sus paredes, invadiendo los sentidos.

El capataz, respetuoso, como le enseña su padre, se acerca a los respiraderos. Toma distancia y la mira. Racheo de frente. No cabe un parpadeo ante este apreciado instante ¿Cómo describo el momento? aunque parece que lo tengo delante ¿Cómo explicar las distancias, la penumbra, el caminar? ¡esa Madre! Eso tienes que vivirlo, que yo no puedo explicarte.

La Quinta Angustia nos muestra a María, con el cuerpo inerte de su hijo sobre la falda. Mientras ella lo sostiene con una tibieza apenas perceptible, el cuerpo de Cristo se deja mecer sobre su regazo.



Vengo a pedirte Piedad
que inundes mi vida
de caridad y de calma.

¿Qué será de mí? Madre,
cuando ya no pueda
corretear las calles
para verte en cada esquina.
Cuando pierda la cuenta
de los piropos que te he echado,
¿Qué pasará cuando los años pasen?
y mis piernas ya no me dejen ir,

y me asome a la ventana
de una calle por donde no pasas,
y las aceras no se acuerden de mí.
¿Estarás Tú, Madre mía
para cogerme en tus brazos?
Para llenarme de besos,
para inundar mis pesares
de bondades y de sueños.

Y para recordar juntas
esta noche y esta cuesta,
el murmullo de la gente,
la cuadrilla, el capataz,
el tambor y la corneta,
la oscuridad de la calle
y el perfil de tu silueta.
Y como yo te pedía
que al llegar este momento,
en tus brazos protegida
me llevaras hasta el cielo,
sobre mecinitas cortas
y flores de terciopelo,
recogida en tu regazo
y acurrucada en tu pecho.

Santa María sonrió orgullosa y maternal al ver salir a Nuestra Señora de los Ángeles. La vi en Sor Ángela y la espere en el Ayuntamiento, la busque en las esquinas hasta quedar sin aliento. Pero al final, siempre es en Santa Brígida. Porque aquel año, un nazareno me guió al frontal del paso y fui a parar hasta tus ojos. Una levantá por mi padre despertó un torrente de nostalgias y añoranzas. Un costalero gritó ¡*Va por ti Rafael!* Me quede mirando los respiraderos, llegaron los suspiros, sonó la marcha....

Por ti, guapa, dije, casi sin que las palabras salieran de mis labios. Di un golpe al llamador y me fui con ella a la gloria. Vi a mi padre un segundo, sólo el tiempo de un te quiero, que se quedó para siempre en la caricia de un beso.

Gracias cofrades por acompañarme al cielo. Aquella noche fui penitente, capataz y costalero.

Y quede contemplando su imagen, su cara esculpida cual poema.

Pero nada de eso importa.

No importa que tus ojos
sean madrugadas eternas,
ni que tus pestañas den sombra
a la belleza íntima de tu mirada.
O que te pongan encajes
y filigranas de plata,
o que te luzcan por calles
esquinas y plazas,
o te acompañen piropos
por donde quiera que pasas.

Ángeles de resplandores
en la puerta de una casa,
de llamador de conciencias,
de bambalinas del alba.
Ángeles de altar de cielo
de rezos y de oraciones
de sentimientos sinceros
de miles de corazones.
Ángeles de los que están
y de los que rezan en el cielo,
Ángeles que nos aguardas
con ausencia de desvelo.
Desde entonces cada año
hasta que llegas te espero.
Allí estaré mientras pueda
anhelando ese momento,
cuando salgan los suspiros
del pecho del costalero,
y me cueste respirar
mientras te vea subiendo.



Allí en aquella esquina
justo al final de la cuesta,
esperare que tu pases
!Virgen mía! dame fuerzas.
Que mientras mi corazón
aunque sutil siga latiendo,
mientras tenga un suspiro
que alimente mi aliento,
mientras no llegue el ocaso
de mi momento postrero,
yo te juro, Madre mía,
que en esa esquina te espero.

EL LUNES SANTO, LA TARDE GUÍA MIS VELAS HACIA EL PUERTO DEL QUE PARTÍ.

En tus arenas, está preparado el pueblo, Utrera está preparada, para rendir pleitesía, al que morirá en tres días clavado en esa cruz.

El Cristo del Perdón recorre el amplio paseo de Consolación, para escuchar la saeta en el Centro de Día de Mayores, mientras los rayos del sol se reflejan en sus potencias de plata y dan brillo de primavera al florido monte bajo su cruz.

Entre la tarde y la noche lo seguiré por callejuelas y plazas, atenta y sin prisas. Hasta que las Carmelitas, tras la celosía del claustro, lo contemplan en aquella encrucijada, justo antes de bajar Ruiz Gijón, donde nos obsequia los sentidos con una estampa digna de un museo.

Llegará un momento en el que sin darme cuenta, estaré tarareando Saeta, como suena esa marcha cuando la toca Muchachos, y que palpita da el corazón, cuando vemos su banderín detrás del Perdón! Y Utrera aplaude el cariño que desprende la agrupación en cada nota.

Nuevamente la arboleda del Paseo que lo espera. La penumbra del parque, con sombras alargadas y matices de reflejos en la oscuridad. Allí el tiempo tiene otro ritmo, que acompasadamente nos lleva a acompañarlo hasta los pies de la Patrona.

Y así el lunes, el Cristo del Perdón, nos abre el corazón, para despojarnos de rencores, mientras nos deja la conciencia y el espíritu en paz.

Aquella tarde entrevistaba a José Chaves, que tenía los ojos clavados en el Cristo, con ese brillo tan suyo en la mirada. Aquella tarde me explicó la diferencia entre mirarlo y contemplarlo. Como no aprender a sentir con tan buen maestro. Fueron tantas las vivencias, las historias, las miradas, que hace ya muchos años, que el Cristo de los Muchachos, se llevó “Mi Perdón al Cielo”.

Señor que miras a Dios
desde tu cruz de madera.
Señor que pides clemencia.
Señor de mirada tierna.
Porque hoy es Lunes Santo,
y no es un Lunes cualquiera,



en la gloria están esperando
verte camino de Utrera.

Oír el sonido melancólico
del toque de una trompeta,
y un pellizco de amargura
en la voz de una saeta.
Un redoble de tambor
con recuerdo de tristeza,
de quien se fue a contemplarte
más allá de las estrellas.

Quien no haría ese camino
con el alma llena de anhelo,
si a mi Cristo del Perdón
clavaito en el madero,
para verle bien la cara
el mejor sitio es el cielo.

Tras los tramos de nazarenos negros, medidos, perfectos, melódicos. Las mecidas bambalinas del palio, rozaran las hojas de los árboles del paseo, cuando María Santísima de la Amargura salga del Santuario.

Bajo el negro palio, ella te invita a una oración sencilla y sincera, por tanta amargura en el mundo, tanta pena, tanta pobreza, tantas guerras.

Le rezas, y ves como continua su caminar, con una suavidad exquisita.

Te invito a verla donde quieras, para que te embobes con la blancura justa de sus flores entre la plata señorial de los varales.

Para que disfrutes de La Banda de música Ciudad de Utrera interpretando para ella las mejores melodías.

Y para que te de un pellizco en el alma el capataz, cuando la mece entre los sonos melancólicos de “Mi Amargura” lenta y dulcemente, mientras todo mantiene una métrica perfecta, como las notas sobre un pentagrama.

!Ay prima Susana! Para bordarle un poema a tu Virgen ¿Cuánto hilo me hará falta? Quiero que quede tan lindo, como ha quedado la saya que bordasteis con esmero en el taller de tu hermana. Que Inma y sus bordadoras, bordan con tanto cariño, porque cariño no falta.

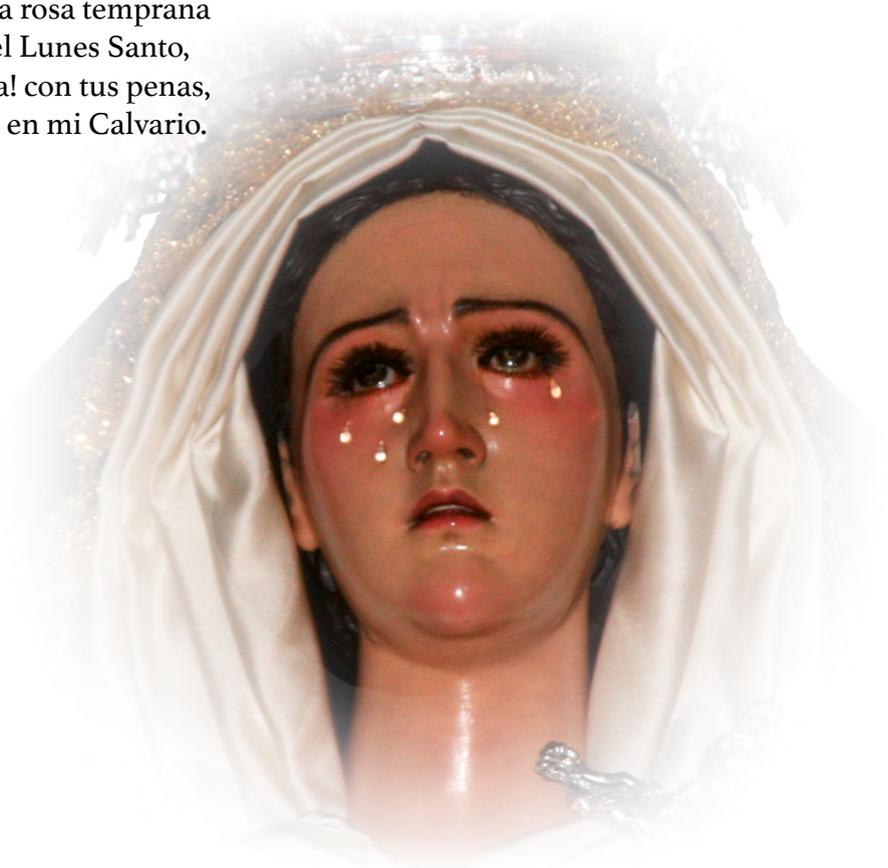
Fui a verla una mañana
y había un hombre rezando,
no sé qué le pediría
que no soltaba su manto,
y en sus ojos ya tenía
brillo de Lunes Santo.
De tarde enamorada,
de recorrido largo,
que empieza en mi sentir
y termina en el santuario.
Mira si sé lo que sentía,
que cuando tengo una pena,
rezo ante tu figura,
y veo que pequeñitas
ante ti son mis amarguras.

¿Quién te ha puesto ese rosario
que de tus manitas cuelga?
¿quien te ha puesto el pecherín,
y esas blondas con solera?
¿quien te ha puesto tan bonita
para que te rece Útrera?
Una letra por martinete
rebosa desde un balcón,
clavando puñal de plata
en su herido corazón.

!Camarera! no te olvides
que lleve el pañuelo blanco,
que pueda al ver a su hijo
enjuagar su triste llanto.

La de pestañas sombrías
y lagrimas virtuosas,
la de carita de niña
y manitas temblorosas.

La que camina elegante
entre varaes prisionera,
es de marfil su semblante
son de nácar sus ojeras.
Que es una rosa temprana
la tarde del Lunes Santo,
Madre mía! con tus penas,
Amargura en mi Calvario.



EL MARTES SANTO, CARGO LA MAYOR Y UN VENDAVAL DE AMORES ME ARRASTRA ENTRE LAS OLAS.

Tarde de Amor Salesiano. Amor mimado de los primeros amores. Recuerdos de estudiante, de paseos por el patio, de iniciales en los pupitres, de oratorio y grupos de fe. De Don Bosco como testigo y el Auxilio de una Madre, a la que siempre has de volver.

La injusticia se tiñe del color de la sangre de su herida. Un rojo de tristeza, un rojo mar de sinsabores que se derrama sin piedad cada primavera desde la cruz del Santísimo Cristo del Amor: Cristo de los estudiantes.

Sigue su estela roja por las calles utreranas, y míralo cuando la luna lo mire. Cuando resalte el dorado y las sombras añadan realismo a los evangelistas. Cuando se entristezca aún más María Magdalena suplicando a los pies de la cruz y se endurezcan las facciones del Longinos. Cuando brille la lanza maldita que atravesó su costado y parezcan sus faroles cuarenta y seis estrellas caídas. Cuando esa *punterita a'lante*, en una variación bajo trabajaderas utreranas, haga temblar de emoción los cimientos de cedro de su altar.

¿Qué pensó aquel estudiante
que a las claritas del día,
se le volvieron las manos
milagrosas golondrinas?
Y entreabrió tus parpados,
y frunció tu frente,
queriendo ganarle
tiempo a la muerte.

¿Cómo expreso en tus facciones
la agonía y el dolor,
y se volvió mensajero
del sufrir, de la Pasión?
Qué imagen no tallaría,
Cristo Señor verdadero,
que al verte en el madero
tus hijos sienten a Dios.
!Suelta la lanza romano!



que has herido el costado
del mismo hijo de Dios,
sin saber que en su grandeza
convierte dolor en amor.
!Suelta la lanza romano!
que en este paso utrerano
su muerte ha sido un regalo,
y a tu lanza a derrotado
con su sangre el Redentor:
Mi Cristo Salesiano.
Amor que no muere
Amor resucitado,
Amor que llenas de amores
las paredes de mi cuarto,
Amor que de amor me hablas
Amor de amor hecho humano.

Amor de rey en la cruz,
Amor de la cruz que reina,
!Ay, Amor que se acaba!
!Ay, amor cuando empieza!

Y tus ojos dos amores
de simple y llana belleza,
y dos amores tus manos
de plenitud y de grandeza.
Esta mi Cristo en la plaza
!Parar el tiempo en utrera!
que al llegar la primavera,
es un derroche de amor
el caudal de su vereda.

Nuestra Señora de las Veredas recorre las calles para resolver las plegarias de todo un año. La estudiante aventajada del Amor de Dios, de juventud impregnada. Vereda de generaciones.

Mi sentir se quiebra ante su imagen, cuando baja esplendorosa Rodrigo Caro. Un encaje de bolillos de nazarenos de cola y una cuadri-

lla generosa, dibujan el camino de un pensamiento que me confunde entre sensaciones y me faltan palabras aunque me sobren los sentimientos.

Antes de llegar al Altozano, vuelvo a verla. Allí está quien la sigue por cada calle, sabe cuando es el cuadro y cuando los ensayos, conoce cada marcha, cada variación. Es la que espera paciente, la que llora en la recogida, la que guarda una flor...es, la que espera al costalero.

La reconozco por su mirada, por como observa los respiraderos.

Y así, embelesada ante tanta belleza, ante tantos detalles, en un caudal de amores regreso a la Vereda donde el rojo del palio da unos matices indescriptibles al rostro sonrosado de la Virgen Salesiana.

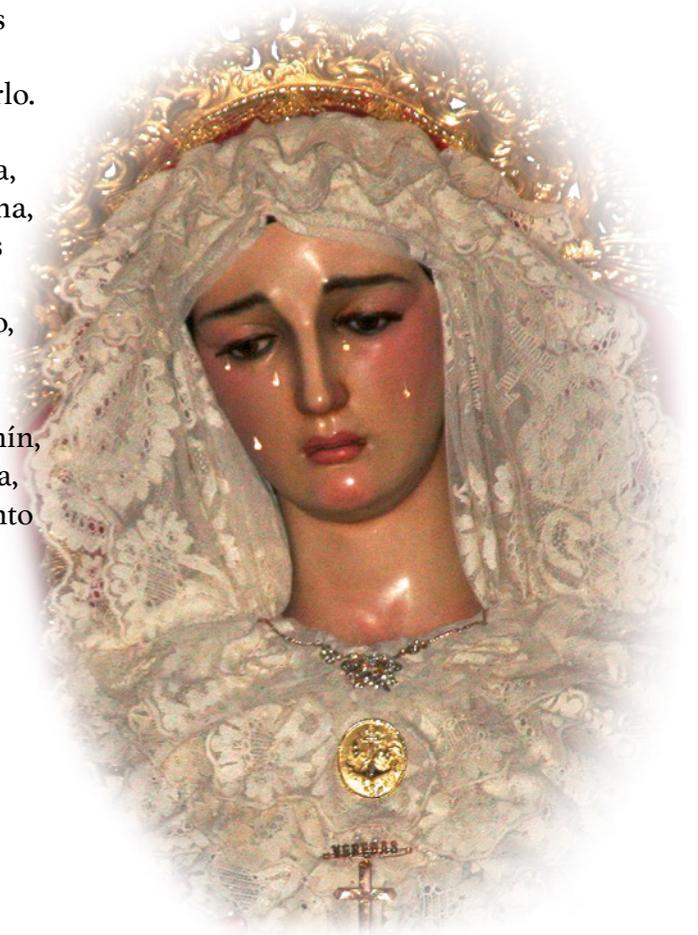
Aquella noche en la puerta,
juraría haberla visto sonreír.
Entre los varaes de plata,
entre murmullo y gentío,
asomándome con cuidado
a su paso florecido,
juraría haberla visto sonreír.

Mientras la luz de las velas
le iluminaba el vestido,
y de pie, desde la acera,
mi corazón se mecía
al son de Campanilleros,
de verdad os lo digo,
juraría haberla visto sonreír.

Si no fuera por sus lágrimas,
por el frunce de su ceño
y su pecho compungido,
por sus manos que temblaban,
cual tallito de alhelí,
perdida entre su belleza
de azucena y de marfil,
el Martes Santo, Señora,
juraría haberte visto sonreír.

Pero fue sólo ilusión
cercana a la madrugada.
Que el reflejo de su cara
y la mueca de sus labios
al mirarla de perfil,
me engañaran sin saberlo.

Fue su timidez exquisita,
y los contornos de la luna,
o quizás las bambalinas
con su coqueto vaivén,
o la magia del momento,
o el amor, o la fe,
o el aire de la vereda,
aroma a incienso y jazmín,
No sé qué fue mi Señora,
la noche del Martes Santo
tan coqueta yo te vi,
que aún hoy juraría,
haberte visto sonreír.



EL MIÉRCOLES SANTO, VIRO POR REDONDO EL BARCO DE LA ADMIRACIÓN, HACIA VERDES OLIVARES QUE DESEMBOCAN EN UN MAR DE NAZARENOS BLANCOS.

La hermandad aceitunera te roba el corazón momento a momento, si vas a su casa hermandad o visitas la tertulia El Fanal con sus paredes cargadas de 20 años de historia.

Cuando llega la tarde blanca, los cristianos nos rendimos ante la imagen del Señor atado a una columna, que desprende espiritualidad.

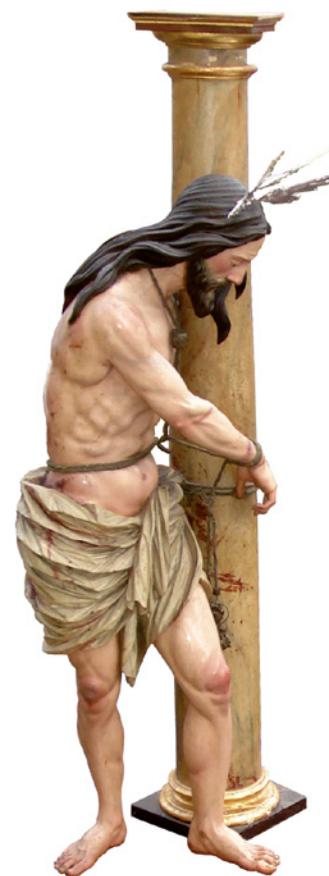
Si fuera látigo de críticas, de comentarios que duelen, de lenguas afiladas que con palabras hieren. ¿Podría Señor ante tu espalda herida detenerme?.

Jesús, me habla en cada calle, de la libertad efímera, de todo lo que nos amarra a nuestra columna, incapaces de liberarnos, quietos y ajenos, con el corazón preso. Sobre su paso se mece un cuerpo malherido de rostro inclinado, brazos tensos, y la divinidad dibujada en sus potencias.

El Miércoles Santo, Jesús en Utrera, nos muestra el dolor del sacrificio abrazando la columna de su castigo sin ninguna reserva.

Esa columna fría
testigo de tu pasión,
que mece ríos de sangre,
milagro de redención.
Esa columna, Padre,
en la que apoyas la cara,
entristece al que te mira,
llena de inquietud mi alma.

Esa ternura en tu imagen,
esa luz en tu mirada,
no disimula el castigo,
ni la sangre de tu espalda,
ni esa tensión en tus manos,
ni tu figura quebrada.



Y cuando cruzas la calle
en una chicotá de rezos,
con tu divina mirada
y tu rostro tan sereno,
abrazando sin reproches
el dolor que te hace preso.

Es un látigo de suspiros
el sentimiento utrerano,
que con cuerdas de azahares
se enredan entre tus manos.
Ya se quedan para siempre
en tus ojos prisioneros,
todos nuestros corazones
en tu caminar certero.

Ya te mece una cuesta
con luces de nazarenos,
ya te vela una torre
en la que yo te venero.
Ya busca la primavera
ese momento señero,
en la calle Rodrigo Caro
tu paso, aceitunero.

Tras el lento y pausado caminar de los nazarenos, andando como andan los que siguen al Señor, se percibe el brillo de María Santísima de la Paz, flor ingenua de rostro inclinado, que ha sabido de promesas y pesares, de mujeres buenas, madres, fabricantas, sudor y lágrimas.

Mi Virgen de palio blanco escoltado, mi campanera, mi Virgen mimada. La que se viste sola, la que algunas veces en su altar tiene ese pellizco en el manto, ¡Ay, Juan Romera, que me quiebra el sentimiento!

La que lleva una paloma revoloteando en la corona y una rama de olivo en su mano izquierda. La Aceitunera que pasa.

Y si los buscas, no muy lejos encontraras unos ojillos brillantes de emoción. “Mariné”, tú sabes bien lo que digo, que hablando de ella, yo también llore contigo.

¡Olé los costaleros de un palio de filigranas, que me roba el corazón cuando sube Rodrigo Caro... y yo muero en Santa María!

Asoma un palio en una esquina
con ramos de claveles blancos.
Los ciriales encendidos,
olor a incienso y a nardos.
El sol se mece en silencio
alumbrando tus mejillas,
y el color de las adelfas
se extiende hasta tu barbilla.

Al verte yo me siento
de tu pesar camarera
de tu quietud penitenta,
de tu sombra costalera.

Me agarró firme y fuerte
a trabajaderas verdiales,
para llevarte preciosa
entre varaes de cales,
que eres una rosa blanca
entre verdes olivares.

Y tengo la sensación
cuando te tengo tan cerca,
que se te escapa un suspiro
de tu boquita entreabierta.
Y si me tiembla la voz
cuando pasas por mi vera,
es por tus lágrimas Madre
que yo no sé contenerlas.

Y por el color de tus ojos
y la dulce campanita,
el perfume de rosas
y la paloma bendita,
el pellizco de tu manto
y la bendita ramita,
que se posa como un beso
en tu graciosa manita.

Y es la Paz en tu nombre
llenando de paz el viento
y es tu manantial de paz
y la paz que siento dentro.

Y es el suelo que pisas
y el vaivén de tu rosario,
entre las flores de cera
mientras camina tu palio.

!Y como camina Madre,
y como te mecen Reina,
y como levantan al cielo,
y como arrían a tierra!

Y como se oyen piropos
pasión en las trabajaderas,
!Ese es el palio señores
de mi Virgen Aceitunera,
que derrocha señorío
Paseando por Utrera!



EL JUEVES SANTO, ECHO EL ANCLA DE TIERRA EN LA RESOLANA, Y DESDE EL CASTILLO DE POPA, CONTEMPO UNA TARDE DE AROMAS Y COLORES, DE CAPILLAS Y SAGRARIOS.

Tras los oficios, entre café y torrijas escuchas la matraca, mientras las capas celestes, vuelven a salir de la capilla trinitaria.

El Cristo de los Afligidos, llega con anónimos movimientos sobre el caminar de unos pies sin identidad. Trae el rostro inclinado y los ojos entreabiertos. Jesús se rinde en un sacrificio que culmina.

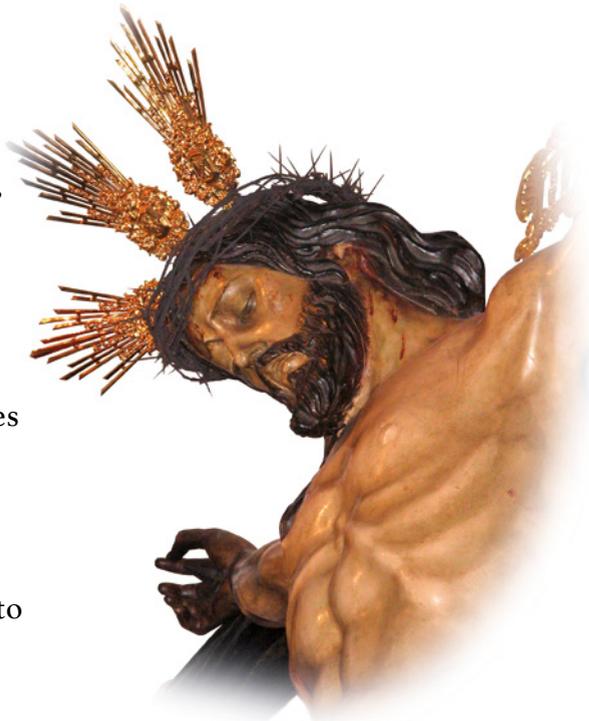
Me iré a la calle San Fernando para escribir un poema de penitencia mientras el día va agonizando. Lo esperare impaciente, con los sentidos despiertos, entre el recuerdo de los que no están y dejaron sus miradas inmersas en la dura piedra. Porque este lugar me llena de recuerdos. Cuantas veces describiéndolo, la emoción me dejó sin voz.

Tarde de Jueves Santo que desgrana su dolor, en las flores como manto a los pies de tu pasión.

Es tanto lo que has *sufrió*,
que al verte crucificado
Cristo de los Afligidos,
si pudiera ser ese Arco
por el que pasas trinitario,
por los siglos de los siglos
yo te estaría abrazando.

Los lirios bajo la cruz
se revuelven en siluetas,
son sombras que los faroles
entre las luces despiertan.

Allí me olvido del gentío
dejo mi oración volar,
se me escapa el sentimiento
y me tengo que callar.
Allí recuerdo a mi abuela



asomadita al balcón,
siento nostalgia en el pecho
y me estalla el corazón.

Ésta es mi Utrera de siempre,
la Utrera que yo he vivido,
y no lo puedo remediar,
con un nudo en la garganta
y las manos *enlazás*,
al verte cruzar el arco
yo me hartó de llorar.
!Ay! que tarde milagrosa,
una sóla en todo el año,
que si de la muerte me espanto,
!Es por la pena Dios mío
de no verte el Jueves Santo!.

Después de ver pasar un año más, el palio de Ntra. Señora de los Desamparados por el Arco de la Villa, de sentir el repeluco, de compartir el silencio, de los nervios, la queja y la *levantá*, de escuchar aplausos por Resolana y San Fernando. Después de la saeta y la marcha, la tensión y el suspiro hondo, después de ese momento grande, me voy adelantando para verte venir de lejos y te sigo tras las huellas de tu cofradía.

El año pasado, en la esquina de correos, la vi esperándote. Tere, se agarró a la reja, al levantar el paso en el Ayuntamiento.

Te vio venir de lejos. El palio, en vez de variar por Álvarez Quintero, avanzó hacia Clemente de la Cuadra buscando a la camarera.

El sonido de la Asociación Musical Álvarez Quintero nos emocionaba, los costaleros regalaban una chicotá que encerraba todo el sentir de la cuadrilla, y una cascada de pétalos cubrió el palio, como piropos y besos de su Camarera.

Que parón le dio el corazón al tiempo en aquella esquina, cuando el paso avanzó y se mecieron a compás los rosarios que prenden de sus varaes. Y allí, palpitaron los corazones trinitarios.

Virgen de palio azul, mis anhelos se quedan en tu mirada y me pierdo en lo profundo de tus ojos bellos.

¿Qué te pasa, niña de la Resolana?
Mi Reina color de cielo.
¿Quién puso sal en tus ojos
brillantes como luceros?
No me llores trinitaria,
Que son surcos tus mejillas
y en tus labios de coral,
se entristeció tu sonrisa
entre mis calles de cal.

No me llores trinitaria,
que se me parte el *sentío*,
cuando veo en tus ojeras
lo mucho que ya has sufrío,
No me llores trinitaria,
que veo tu ceño frunció,
y mi corazón se queda
en tu pañuelo prendío.

Cuando te veo Señora
la tarde del Jueves Santo,
llegar por la Resolana
y cuando cruzas el Arco.
Cuando paran el paso
cuando tocas las estrellas,
en las chicotás largas
cuando te meces coqueta.
Y cuando llegas al barrio
cuando te tengo más cerca,
cuando el corazón se para
y se me hielan las venas.



Allí donde te esperan
y te mecen a rabiar.
Allí, donde te veo trinitaria
por mi verita pasar,
y sólo un piropo me sale
que no me puedo callar
¡Ole las cosas con arte,
vas guapa *pa* reventar!

AL ANOCHECER DEL JUEVES SANTO, TERMINO DE BORDAR EN LA VELA MAYOR DE MI BARCO, EL LEMA : “GLORIA A TI TRINIDAD Y A LOS CAUTIVOS LIBERTAD”

En la calle Partera, encuentro el silencio sobrio de la Hermandad del Cautivo. La danza tenue de la luz de las velas, el sonido de un caminar pausado. Suspiros penitenciales en la estrechez de la calle del barrio de mi niñez.

Recuerdo que era muy pequeña, estaba en la casa de mi amiga Manoli, en la calle Pino, en el balcón de aquel cuarto donde mis amigas de siempre hemos compartido risas y juegos.

Cuando se acercó Jesús Cautivo sentí cierto miedo, me sobrecogió su imagen, el respeto, aquel hombre que llevaban preso. Fue la grandeza de la evangelización popular, la catequesis en la calle me mostraba los textos que explicaban en el colegio, de forma tan real, que se despertaban los sentimientos.

Desde entonces, he tenido los cinco sentidos dispuestos, para descubrir su caminar. Escuchar el sonido de la cruz de guía al posarse en el suelo, la vara del censor que golpea los adoquines, el esparto que arrastran los pies cansados, las cadenas que se quejan, el tintineo de los angelitos, el crujir de la madera. Silencio para escuchar su silenciosa oración.

Viene prendido el Señor,
silencio en el Altozano,
que se calle Utrera entera,
sólo luz del penitente,
sólo cruces de madera.
Te veo pasar Señor
en una cárcel sin rejas,
sin que se asome una queja
a tus labios redentor,
al crujir de las cadenas.
Son tus manos dos palomas
que con las alas partidas,
se revuelven en las cuerdas
del dolor y la fatiga.



Es tu rostro ensangrentado
el que me quita el aliento,
y mirándote, Señor,
tu muerte ya la presiento .

¿Qué gubia talló el momento
que a mi me dio escalofríos?
Ver tus lagrimas de sangre
en ese rostro sombrío.
!Que silencio, Dios Mío!
!Que repelucos, Cautivo!
Que saeta y que murmullo,
y que ole *recogió*
así para los adentros,
como escapando un suspiro.

Que mirar el de tus ojos,
que latir en mis latidos,
que levántate de tu paso,
que prisión la de tus lirios.
Que dolor en las entrañas.
La noche se ha *estremeció*,
al ver en trono de plata
el Silencio de un Cautivo.

Un Jueves Santo, en la esquina de la Fuente Vieja, un nazareno me miró a los ojos y me quede encadenada en ese silencio de negro ruan. Me dejo tan prendada, que desde el año siguiente veía salir de su casa, cuatro nazarenos negros con cinto de esparto y en silencio. Cada año, volvía a encontrar su mirada, y como tenía que ser, un mes de Octubre, delante de Nuestra Señora de las Lágrimas, los dos dijimos “si quiero”.

Como se va el tiempo, que llegó un día que deje de llamarte Madre para decirte “Mi Niña”.

La del hoyito en la barbilla y los ojos grandes. La que llora por las penas nuestras, puñal de injusticias en el corazón. La que ilumina la noche. La que lleva el llanto callado de las mujeres utreranas que su-

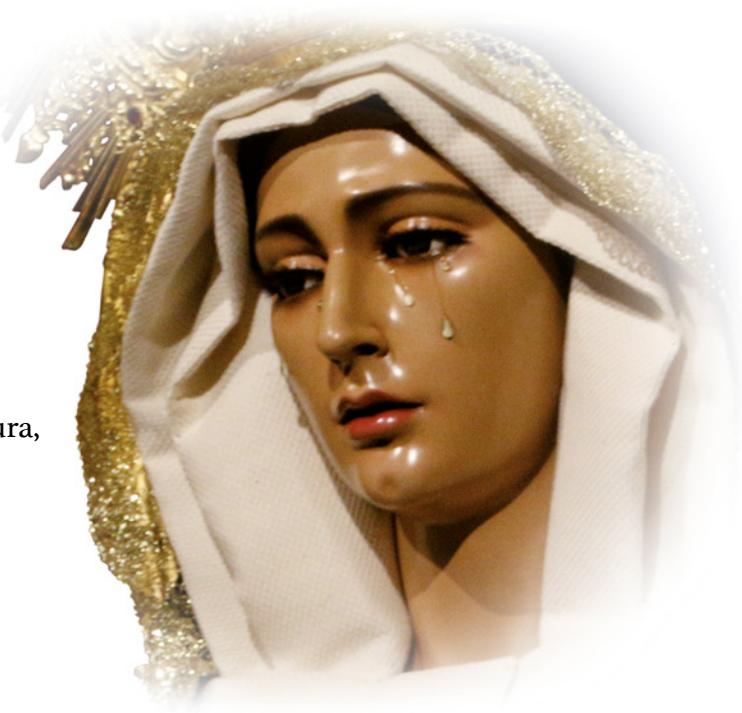
fren por sus hijos, que por ellas no. La que va apagando el murmullo de las calles por donde pasa, sin más música que la que tus sentimientos quieran ponerle al encuentro.

A mi el corazón me late con otro ritmo cuando ella llega.

Su cara se me figura
la textura del marfil,
el color del azahar
con sonrojo de carmín.
Divinidad que reflejan
los destellos de tus ojos,
la armonía de tu imagen
la verdad de tu esplendor .

Son tus lagrimas una queja
de soledad infinita,
el dolor callado,
del alma que grita,
la hondura del llanto,
el milagro bendito
Tú Señora, el Jueves Santo.
Me paré frente a tu paso
por contemplar tu hermosura,
y me quedé prisionera
de tu aroma y tu ternura.
Me paré frente a tu paso
y vi tu pena tan viva,
que ahora princesa mía
yo si que soy *La Cautiva*.

Guardiana de mis secretos,
que amparada en tu silencio,
a ti te digo las cosas
que yo a nadie más le cuento.



Yo no sé lo que tu tienes
en tu divina figura,
en tu boquita de rosa
y el fajín de tu cintura.
Yo no sé lo que tu tienes
solea, *quejío* y plegaria,
carcelera de mis calles
y suspiro en mi garganta,
que eres Tú, Señora mía,
costalera de mi alma.
Al ver pasar tu tristeza
siento en mí una congoja,
iré derramando suspiros
hasta que Tú te recojas.
Y te seguiré en la noche
luz que alumbran los luceros,
y si me pierdo te busco
y en Santiago nos vemos.

Justo cuando las doce de la noche dan paso al Viernes Santo, recojo anclas de mi barco y navego en una marea de gitanería que me mece a compás.

Bajo por la calle Nueva y recuerdo la madrugada aquella. Las caras, los corazones con el pellizco *encendió*. Aquel momento en que pensé, *si llega alguien más, no cabe*.

El Cristo de la Buena Muerte en la estrechez de muros de historia flamenca... Los visillos *remangaos*, una chicotá larga, una mano que se alza, un sentimiento, un cante, una gitana que llora, una cuadrilla de arte, un nazareno que no puede avanzar. El tiempo que se detiene y el final de la calle.

Que buenas *madrugás* he vivido. Y las que me quedan, si Dios quiere, para volver a disfrutarte cuando sales de Santiago y se refleja tu silueta en los muros de las Carmelitas como si fuera un mural. En la puerta de un gitano que sentencia lágrimas de recuerdos un año más. En calles silenciosas donde estalla el compás, en el ritmo de una marcha, en el cirio quemado de los nazarenos chicos, en los movimientos acompasados de una cuadrilla, en la voz del Capataz, Emiliano. A ti ya te lo he dicho to.

No podría perderme una *madrugá*, aunque sí, perderme en ella.

Cuando ya cae el relente
y duerme Santa María,
ya con la luna despierta
y con la ciudad dormía.
Un cante hondo en el aire
se encierra en la *madrugá*,
Santiago está esperando
con las puertas de la gloria
abiertas de par en par.
Hay un eco que te llama,
aunque el sueño te reclama
las horas que le has *perdío*,
la noche se va enredando
en el grito de un suspiro.



Ya está mi Cristo en la calle,
mi calle está viendo a Cristo.

Astillitas de madera
de la cruz de mis pesares,
se van clavando en mi alma
igual que las agujitas
se clavan en los dedales.

Que el Cristo de los Gitanos
muere en la madrugada,
mientras aires de la noche
suspiran junto a su cara.
Y entre los clavos fríos
que sus manos atormentan,
una oración y un poema
en una esquina despiertan.
Que al verte rostro de bronce
se pierden mis sentimientos,
porque es tu Buena Muerte
el despertar del lamento.
!Ay, mi cuadrilla gitana!
no lo llevéis en silencio
aunque su cuerpo *rendío*
sea el fin de su tormento.

!Cantarle, por Dios, cantarle!
!Mecerlo, por Dios, mecerlo!

Que al Cristo de los Gitanos,
en la cruz de la agonía,
los que lloran en Utrera
le rezan por bulerías.
!Ay, mi cuadrilla gitana!
pon compás en las mecías,
para que el que va en la cruz
!muera con gitanería!.

La primera vez que la vi de cerca estaba en el Hospitalito, me la enseñó Sor Mercedes, nerviosa porque todavía la estaba vistiendo. Allí le rezamos las dos a su exquisita sencillez.

La seguí un año del brazo de la Pepa, escuchando aquellas voces que bordaban la noche. Vi a José Vargas llorar en una *levantá*. La vi mecerse frente a su hijo en una *recogía*. En la calle Nueva mientras cantaba La Inés. La he visto asomarse a San Francisco y me emocioné al contarle a Pepe Ojeda como venía de guapa entrando en Carrera Oficial.

Retazos de madrugadas que se agolparán este año, cuando la memoria y las verdades de los que faltan me vengan a la mente y el recuerdo de Juan Peña se enrede con un crespón negro en el varal, para mecerse con ella a compás.

La noche de los gitanos, buscaré el encuentro con quienes no quiero dejar de ver cada madrugada. Me volverá a sorprender el brillo en los ojos de un nazareno y ese costalero que no quiere dejar la trabajadora hasta que su hijo vaya a su vera.

Y se me pondrán los vellos de punta cuando suene Madre de los Patriarcas, gracias a que Pitín dio su mejor chicotá en el pentagrama.

Que se paren los relojes y me dejen escuchar. ¡Aquí me quedo! en este momento mismo, junto a tus respiraderos. Virgen que te asomas al atril de mi corazón para sembrar hierbabuena de sensaciones.

Quien pudiera regar las flores
de tu balcón *agitanao*,
y confesar en tu reja
hasta el último *pecao*.
Y coser los dobladillos
de tus enaguas gitanas
con *puntaitas* de nardos
jazmines y mejoranas.

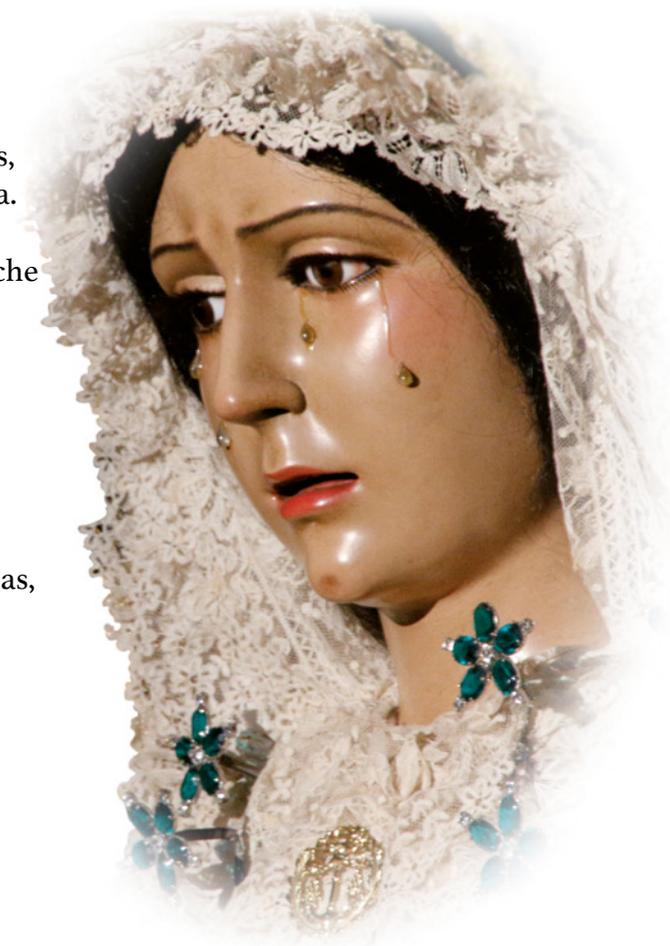
Desde la noche me asomo
al varal de tu ventana,
y me aferro a las estrellas
que anuncian la madrugada,

para pedirle a la luna
que no llegue la mañana.

Mira que Utrera se encela
cuando sales a a la calle.
Y la luna ha estado a punto
hasta de hacerte un desaire,
por eclipsar con tu cara
la noche de los Gitanos,
que no hay quien te haga sombra
cuando se abre Santiago.

Entre suspiros de palio
me embobaba en tu mirada,
y me ceñía en el llanto
de tu tristeza, Esperanza.
Qué cara morena tienes
qué ojos, qué estampa,
qué caminar, qué hechuras,
que brillo en la madrugada.

Que en tus mimbres la noche
se vuelve enamorada,
y no hay lucero que luzca
tanto en esta noche clara,
como esos ojos tuyos
cuando te dicen gitana.
!Y una levanta al cielo!
los faldones *remangaos*
el compás de tus mariquillas,
y un palio por bulerías
entre flores amarillas.
Arcoiris de colores
entre dos paredes blancas,
Virgen Santa, soberana,
!Madre de los Patriarcas!



ME ORIENTO AÚN POR LAS ESTRELLAS, Y TERMINO FONDEANDO POR LA VEREDA,
MIENTRAS SE ENREDAN MIS CUERDAS EN EL MÁSTIL DE UN RECUERDO.

Madrugada de Viernes Santo de 1997. Doce horas de trabajo finalizaban. Entre bromas, por la importancia de ese año, por devoción, y con esa maravillosa juventud que atesorábamos. Quince minutos más tarde, estábamos en la puerta de San Bartolomé con la unidad móvil.

Los fieles que esperaban, nos hicieron sitio y fueron pasando de mano en mano los cables, ayudándonos a montar el equipo técnico que capto la más bella madrugada que recuerdo.

Se abrieron las puertas, como si se abriera el corazón de Utrera. Contemplamos el brillo de los pasos, los reflejos de la cruz de carey, las manos del *abuelo Melero* poniéndose los guantes, las lágrimas de una mujer y la saeta improvisada.

En la puerta, los nervios, la salida del Señor de Utrera y bajo una inmensidad de gorras blancas, los músicos de la Salud interpretaron "Madrugá Nazarena". Aquel solo nos puso los vellos de punta y rompieron los aplausos. Llantos, rezos y unos apasionados de su trabajo, viviendo juntos aquellos intensos momentos, para recordarlos toda la vida.

Ya no había lugar para el descanso. Lo esperé en mi casa de la calle San Fernando con los brazos clavados en el balcón de gitanillas, y lo vi aparecer mientras mis monjitas corrían de un lado a otro para verlo en la puerta y también en la reja.

Una hora más tarde, esperaba ya impaciente en la Peña Bética micrófono en mano. La emoción era inigualable !Ay, mi Corredera! qué momento tan grande y que chica se quedaba la Fuente Vieja.

Me siento frente a un folio en blanco y no puedo escribir nada. Quemo incienso, pongo una marcha, miro tu rostro, saco otra estampa y no viene a mi pensamiento ni una palabra.

Un folio en blanco
y la nostalgia revuelta,
¿que digo de Ti, *mi bien*?
De cómo suena la noche
cuando se abren tus puertas.

Como se mece en tu cara
la sombra de la vereda.
De tu caminar íntimo
mientras las calles despiertan.
Siempre a compás
con la misma cadencia.

Un folio en blanco
Santo Rey del universo,
para escribir como cargas
una Cruz llena de versos.
Llegas a Santa María,
intimidación de miradas,
y se asoman por verte
las campanas silenciadas,
y ya no puedo olvidar
que Tú eres madrugada.

Un folio en blanco
y las miradas alertas,
cuando tu paso de lirios
llegaba a la Fuente Vieja.



El corazón en un puño,
ya se acercaba el momento,
y Utrera ya lo sabía,
que a pesar del cirineo,
al llegar el medio día
no podrías con el madero.

Un folio en blanco
tres llamadas a tu paso.
La túnica que se mece,
la gente que te espera
el sol que besa tu frente,
un silencio de mil gritos
Tres Caídas en la Fuente.
Un folio en blanco
por quien va hasta tu altar,
por quien te llama "Vereo"
y quien te ayuda a caminar
con una faja de sueños,
y en sus sienes un costal.

Un folio en blanco.
Con la sangre de mis venas
lleno de rezos y llantos
del aire de la Vereda,
de un solo y una saeta,
de los lirios de tu paso,
la cruz que llevas a cuesta,
un sentimiento *morao*
un recuerdo y una pena.
Un folio con tres palabras:
!Mi *Madrugá* Nazarena!.

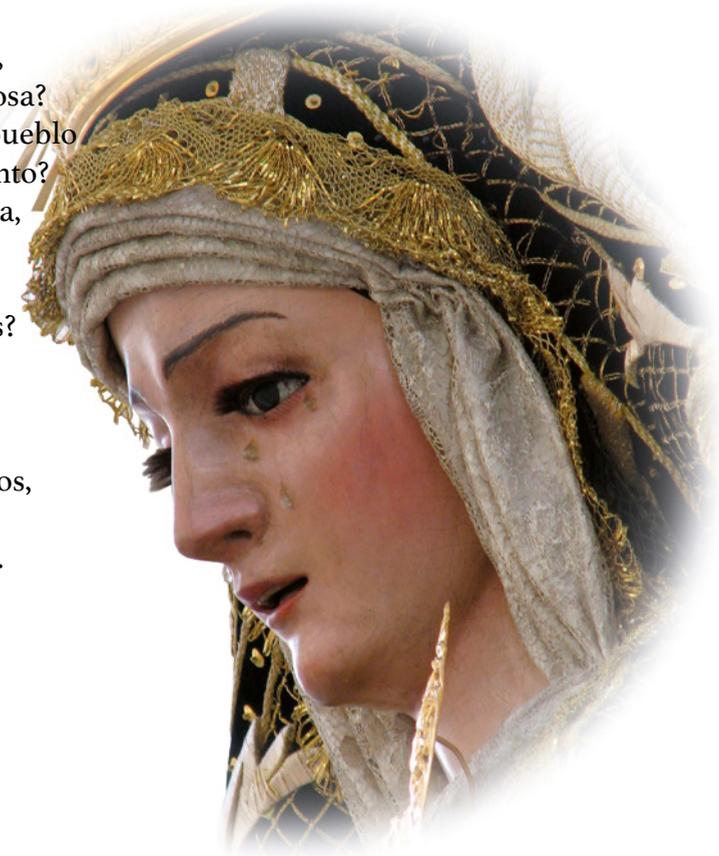
El viernes por la mañana Utrera tiene un secreto que solamente descubren los que se privan del sueño. El palio que ve amanecer un nuevo día, es el de Nuestra Señora de las Angustias que sale justamente antes de clarear.

Cuando va llegando a las monjas, el sol receloso se cuele en su palio resaltando la palidez de su rostro.

La sigo, la adelanto y la dejo ir. Hasta que creo que le he rezado y rogado lo que debía. El sol me molesta, y en esa variación, cuando el último candelabro de cola se pierde en la esquina, con los sonos de la Asociación Musical Utrerana de fondo, decido irme a descansar.

Pero no me ha dado tiempo, cuando recibo un mensaje que pone !*Oju*, no veas como el palio viene entrando por la Fuente Vieja! !Ea, ya descanse!, vuelvo bajando Doctor Pastor y, al llegar a la esquina veo como enredaderas de incienso adornan la Fuente Vieja y una brisa de nostalgias se extiende hasta la Vereda.

¿Quién cruza la Fuente Vieja
entre plegarias de rosas,
entre arrullo de promesas,
y más que guapa es hermosa?
¿A quién va buscando el pueblo
la mañana del Viernes Santo?
¿Quién eres Tú, Madre mía,
que al llegar al Altozano,
abres las puertas del cielo
con la gracia de tus manos?
Y va dejando una estela
el dorado de tu manto,
y la brisa cariñosa
prendida entre tus encantos,
va curando mis heridas
mis temores y quebrantos.
Una marcha de tristeza
que dirige Salazar,
sonos de nardos en flor
vienen regando de amor,
tristes notas al pasar.



Que suenan a madrugada
por barrio de calle estrecha,
cuando llaman a los balcones,
los veinticuatro borlones,
de tu palio, “mañanera”.

Las Angustias de tu alma
quisiera aliviarte Señora,
las lagrimas de tu cara,
y el color de tus ojeras.
Las Angustias de tu alma,
Madre mía quien pudiera
convertirlas en zarzal
y alejarlas de tu vera,
para verte sonriendo
cuando cruzas la Vereda.

EL VIERNES POR LA TARDE, LAS CIGÜEÑAS NERVIOSAS ME GUÍAN HASTA UNA
CALLE QUE ES PRECIOSA... PERO POR DONDE CASI NO CABE MI BARCO.

Tres de la tarde , tres deseos, tres potencias, tres golpes del llama-
dador, tres paso *a´lante*.

Es verdad que sus tardes, suelen ser más veces grises que azula-
das. Que desde que se le piden los tres deseos a la dolorosa de Utre-
ra, se nos clava la mirada en el cielo, temerosos de tus decisiones.

Pero cuando se consigue lo deseado, y buscas la breve sombra de
un naranjo en el Altozano, la satisfacción es inmensa. Te quedas mi-
rando la pequeña capilla. Te empinas, parece que ya se ven las plumas
ondeantes de los romanos.

Si vieras con cuanta delicadeza, mi amigo Plata prepara esas plu-
mas. Revisa los pliegues de las capas, hasta el último clavel, y las cuer-
das que a sus manos se atan.

Por fin, el tímido astro rey hace brillar la canastilla del paso en el
que Jesús va preso. Amarrado en una cruel columna de tortura, de
espaldas a la dureza flexible del látigo, mirando al pueblo.

Y en sus ojos una pregunta que no sabemos contestar...

En un mar de fe, “los niños del porta” saben escuchar los sonos de
Veracruz, porque sus músicos, son una gran familia de cariño y compli-
cidad. Saben llegar al corazón, para andar por un recorrido de aplausos,
convertir en rey al prisionero antes de tiempo y conseguir que un amigo
mío que no cree en *ná*, se le pongan los vellos de puntas con una chicotá.

Todos en la cofradía saben de momentos inexplicables, de variacio-
nes justas y calles por donde casi no se cabe. Ellos saben cómo hacer
que su Señor nos hable.

Déjame escuchar
el redoble del tambor
y la corneta de un niño,
que quiebra el aire en un solo
de tristeza y de cariño,
que todo en tu cofradía
me despierta los sentidos.

El que sujeta la cuerda
que te hace prisionero,
el que levanta el látigo
que castiga tu cuerpo,
el testigo sanedrita
por culminar tu sentencia.
El soldado que da la orden
y el que impaciente la espera,
los claveles que son testigos,
los candelabros que te iluminan,
los nazarenos que van delante
los cofrades que te admiran.
Los músicos que van detrás
y se emocionan al verte,
el creyente que te espera
y los que van de penitentes.
La saetera que te reza,
y el capataz que te guía,
todos pensamos lo mismo,
que cuando tu paso varía,
se siente emoción tan honda
por culpa de tu cuadrilla
que aplaudirle es necesario.

Por el dolor de sus riñones
por levantarte a pulso,
por dos y dos de frente,
por mecerte sobre el terreno,
por valientes costaleros
y por llevarnos al cielo,
!en una calle cualquiera
al entrar con el izquierdo!.

Detrás de los ciriales, Nuestra Señora de los Dolores en palio
negro y oro con flores blancas.

Pero, déjame que retroceda en el tiempo y vuelva a la madrugada del Viernes de Dolores. Cuando se viven esos momentos pri-



vilegiados de cercanía y preparativos. Cuando se limpia la plata, se termina con la pez rubia y está colocada la candelería. Cuando todos están conforme con el montaje del palio y los angelitos rematan los doce varales.

Esos momentos de hermandad que te enseñan de verdad.

Estando la noche estaba avanzada me quedé a solas con ella. Mirándola de frente, observando sus manos extendidas y su mirada baja, sus lágrimas de cristal y la espesés de sus pestañas. Ni un detalle se me pasó en aquel íntimo encuentro.

Con una oración, dejo a sus pies todo mi cariño, mis penas...y mi vida si ella lo decidiera.

Ese ratito con ella
lo guardé en mi corazón.
tan vulnerable la vi
que me llenó de emoción.

Y el trasiego del montaje,
las velas y la parafina,
el remate de los varales
y la madrugada encima.
La cruz que no cae derecha
en el montaje de las insignias,
Curro preparando el manto
Juan llorando cuando la mira,
el que quema el incienso
la camarera que termina,
las mujeres que la cuidan,
los que limpian la capilla.

Y ese cofrade embobado
ante su imagen divina,
que la contempló conmigo
con la madrugada encima.



Pepe, traigo un pañuelo,
que del humillo de la velas
la Virgen tiene un churrete.
Ya se que es delicada
y que tocar no se debe.
Le doy con mimo y despacio
mientras sus ojos me pierden.

Y la emoción al tocarla
en el momento me puede,
un respeto, una inquietud
hacen que mi mano tiemble.

Bendita la noche aquella,
bendita tu Dolorosa.
Benditas sean sus manos,
delicadas y gloriosas.
Bendita sea su mirada
y esos ojos que me hieren.
Bendito su llanto amargo
benditos los que la quieren.
!Bendito el pañuelo blanco
que en mi mano tiritaba,
mientras que lloré contigo
acariciando su cara!.

SIGUIENDO EL SONIDO DE UNA CAMPANILLA, MI NAVÍO QUE YA ESTÁ IMPREGNADO
DE INCIENSO Y CANELA, REMA MAR A DENTRO PARA ENCONTRARSE CON SU CRUZ.

Mientras María Santísima de la Concepción, de rostro dulce, con
un grito callado de súplica en sus ojos, espera en Santa María. La Her-
mandad del Santo Crucifijo de los Milagros, nos traslada a otra época.

La busco en calles estrechas donde el recogimiento se acentúa.

Sus hermanos realizan la estación de penitencia acompañados de
su titular, en un retiro espiritual definitivamente sobrecogedor.

Al toque del muñidor, los que contemplan su imagen, bajan la voz
hasta que se hace el silencio.

Tras doce ciriales tiniebla, aparece el milagro de un Cristo rescata-
do del olvido, con espinas de plata coronado, en el milagroso crucifijo.
Una oración musical se alza hasta el cielo, con un respeto que el pue-
blo les devuelve. Una mujer se santigua y un señor inclina la cabeza
a su paso.

Al presenciar la escena, las realidades y los sentimientos se desbor-
dan. Es realmente un milagro que haya personas que estén dispuestas
a hacer grandes cosas por Ti.

Te veo variar en la calle Juan de Anaya, mientras la saeta de Anita
se mece hasta los clavos de tu Cruz.

Con la noche siguiéndote, tu figura guarda el secreto de los
grandes Milagros y de los Milagros pequeños, esos que nunca se
cuentan.

Pasa tu paso sombrío
tras un camino de cirios
y nazarenos de luz.
Quedan rotos en el aire,
los cánticos a tu cruz.
¿Qué flores lleva tu monte?
Que los balcones suspiran,
y a tu paso por las calles
mi oscuridad se ilumina.

Shsssss...silencio,
se escucha por las esquinas.
Santo Cristo Milagroso
que con tanta pena caminas.

Tendría que ser ciega
para no ver a Dios al verte pasar,
Cristo en tu monte de muerte
y en tu sobrio caminar.

¿Qué flores lleva tu monte?
Que su aroma de tristeza,
van regando los luceros
con resplandor de belleza.
Cruz de Rey Milagroso
que tu muerte me da vida,
y los pecados del mundo
se clavan en tus espinas.

En un trono de ciprés
acompañas al que reza,
por todos esos cristos
que están sufriendo en la tierra.

Y el Milagro ya es patente
hay un Milagro certero,
que se adivina en tu dulzura
y al ver tu rostro sereno.
Todo el que te mira advierte
que el final no está en tu muerte,
que el Milagro Cristo moreno,
es que no acaba, comienza,
Tu Milagro en el madero.



MI BARQUITO DE FILIGRANAS EN LAS VELAS LLEVA LUTO Y NAVEGA CABIZBAJO SIN RUMBO CIERTO Y PRECISO, PARA ENCONTRARSE EN EL PUERTO CON EL ENTIERRO DE CRISTO.

El Sábado Santo la Muy Antigua Hermandad de la Veracruz y Santo Entierro, regala a Utrera un tesoro patrimonial y devocional con el Entierro del Santísimo Cristo Yacente sobre paso de caoba.

Conozco cada centímetro de esa obra de arte. Me convertí en aprendiz de la historia de sus maderas, cuando Eduardo me enseñó a limpiar cada arista, a darle brillo y a colocar los evangelistas.

Y una noche, una puerta se quedó encajada, y por aquella estrechez vi a su camarera, dando las últimas puntadas al encaje de la almohada en la que posa la cabeza el Hijo de Dios. Entré, y no pude creer que aquella figura tallada con tanta perfección representaba su muerte, que todos a su alrededor lo preparaban con una emoción palpable.

El Sábado Santo lo llevan muerto en procesión tras la negra cruz de guía. En silencio, ver la silueta de su urna al ocaso del día, es como ver dos muertes al mismo tiempo. Entre cuatro hachones, su sepulcro en Utrera es de carey y plata. A través de sus cristales, veo su muerte una y otra vez.

Rosario de nazarenos ante un Cristo que viene muerto. Como me dueles Señor, como duele ese enorme resplandor que habita en San Francisco. Como me duele tu nombre y tu muerte ¡como me duele!

Me hieres el alma,
amapola de mi sangre,
poesía inacabada
de un eterno recital
de tardes y madrugadas.

No sé si es tu presencia,
tu caminar triste
tu triste caminar,
pero Tú, y sólo Tú...
me hieres el alma.

Las campanas tocan a duelo,
y detrás de una cruz negra,
el entierro del Señor.
Tarde de luto en Utrera.

Los reflejos de la luna
ya le acarician el rostro,
y ni la torre, ni la plaza
la vieron nunca sus ojos.
Él ya no escucha el martillo
ni la voz del capataz,
ni siente como lo llevan
con delicado compás.

Utrera tiene una pena
que va derramando al verte,
resplandores de plegarias
para mi Cristo Yacente.
Ante tu urna Señor,
que dolor mi alma siente.
Que nunca Tú te preguntes,
para qué sirvió Tu Muerte.



No podría ir detrás de su hijo, la Virgen de otra manera que como
va en Utrera. Nuestra Señora de los Dolores de negro luto, bajo palio
de azabaches, con rosas rojas de sangre a su alrededor y las manos
enlazadas de suplica y rezo. Pero guapa, cómo no se puede entender.
Que las lágrimas de una madre son saladas y dulces a la vez. Y la que
se lleva a un hijo es la muerte más cruel.

Hoy Virgen mía, con mis versos te devuelvo aquella flor que me
llevé, sólo porque era tuya y se mecía a tus pies.

Ya se acerca, delicada y gentil en su caminar. El palio que miman
los costaleros de sentimiento, sentido y sensibilidad, que cuidan con
esmero la plata de su joyero. Y es que...

Con la dolorosa de Utrera
Utrera entera está de acuerdo.
Que sus dolores son tantos
que tanto dolor es nuestro.
Deja que me ampare Madre
en la soledad de mis versos,
que en ráfaga de mil amores,
viene la noche con duelo.

Deja que mire tu cara
de dolores dolorida,
Madre de amor infinito,
Madre de llanto vestida,
Madre de la Utrera noble,
que tu cariño respira.

¿Cómo pinto yo este cuadro?
¿Cómo coso yo este encaje?,
¿Cómo explico lo que siento
cuando salen a la calle,
sobre hombros cuidadosos
tus primeros dos varaes?.

Se me escapan las palabras
para explicar, Dolorosa,

que el aire en Santa María,
cuando se acuna en tu cara,
va cambiando tu semblante
y el llanto de tu mirada.
Que al pasar calle Finita
con mecidas zalameras,
reflejándote en las cales
de las fachadas de Utrera,
van llorándote a tus plantas
setenta y ocho cirios de cera.

Que besan los azabaches
la plata de tus varaes
haciendo verso el sonido,
cuando el color de la noche
se funde con tu vestido.
Con tu divina figura,
con el puñal de tu pecho,
con los doce angelitos
que se mecen confiados
en los remates del techo.

Y al llegar de recogida
con la última chicotá,
y la capilla encendida.

Cuando levantan tu paso,
aplausos de terciopelo
ponen canela en tu llanto.

Que contigo Dolorosa
estamos todos de acuerdo,
que eres tesoro de Utrera
y eres guapa sin remedio.
No brillan mas que tus ojos
ni las velas encendidas,
ni la plata de tus varaes



ni los azabaches brillan,
como Tú el Sábado Santo
de negro luto vestida.

¿Cómo pinto yo este cuadro?
¿Cómo coso yo este encaje?,
¿Cómo explico lo que siento
cuando quedan en la calle,
sobre hombros cuidadosos
tus dos últimos varaes?

Las estrellas abrumadas
y tu cuadrilla valiente,
el azahar y la espadaña,
y la gente que te espera,
y este nudo en las entrañas.
!La Reina del Altozano
con las manos enlazadas,
cerrando la puerta grande
de la pasión utrerano!

A las doce de la noche mi barco navega hacia un nuevo amanecer.

Quise una ventana para ver siempre la primavera y siempre Semana Santa. Para ver a toda Utrera arrodillada a tus plantas.

Pero un desaliento me inundó el corazón. No, no quiero vivir una eterna Semana Santa.

Quiero una ventana donde también vea en primavera la alegría de tu regreso. El triunfo de la vida eterna sobre la muerte.

El sepulcro quedará vacío cuando los campaneros de Utrera, toquen campanas de Resurrección.

Para que infinita sea nuestra Fe y nuestro Consuelo. Para que todo tenga sentido, para volverme a encontrar contigo y buscar en el Sagra-rio a un Dios que sigue vivo.

No me hagas mas padecer, deja que llegue el Domingo y resucita otra vez. Aunque contigo resucitado vuelva la melancolía, y nos quedemos soñando con la primera cruz de guía.

Y estando todo concluido, recojo amarras y suelto la vela mayor para volver al puerto de la misericordia, donde mi barco, reposará en la gentil mano de mi patrona.

!Capitana! termina mi travesía por la Semana Santa Utrerana.

Navegué siguiendo los repiques de tus campanas, por el mar salado de tus lagrimas.

En las bodegas traigo sudor y fatiguitas. En la popa, música y rezos y en proa, complicidad de miradas.

Crucé por miedos y alegrías, atravesé gritos silenciosos, y rocé el chirriar de la cera en la calzada embriagándome de olores y sabores.

Traigo en tu barco el cofre de mis tesoros para que Tú me los guardes.

En él, van mis recuerdos, mi fe, y mis sentimientos cofrades.

Una mañana celeste
esperando la primera.
Un atardecer Utrerano

entre matices de contrastes,
y la variación de un paso,
y nuestra forma de rezarte.

Los anhelos de un paseo,
suspiros entre bambalinas,
el perfil de un crucificado,
y el misterio de una sonrisa.
La crueldad de unas cuerdas,
los secretos de una trabajadera,
y los besos de los niños
cuando pasas por su vera.

Encontraras, el sonido del silencio.
El ambiente de barrio,
la historia de un encuentro
y las cuentas de un rosario.
El andar por tus calles,
la memoria y las verdades,
el recuerdo de una *madrugá*
y un secreto que nadie sabe.

Una chicotá que te quiebra el alma.
Un pañuelito blanco,
una corona de espinas,
el redoble en una marcha,
el entierro de tu hijo,
y unas manos enlazadas.
Una nostalgia y mil versos
para poner a tus pies,
un Domingo de alegría
Resurrección y renacer.

Aquí concluye el pregón
Aquí termina este libro,
en el que mecí palabras
como si fueran un niño.

Las redes de mis *sentíos*
se dejaron llevar por el viento,
de algún suspiro callado,
y de una nube de incienso.

Aquí te dejo mi corazón
que latió con tu compás,
aquí te dejo el llamador
de mi última chicotá.

!Utrera! me volví loca
diciéndote piropos,
abracé Fe y Devoción
y todo me pareció poco.
Bordé apliques de seda
con el hilo de mis recuerdos,
y di puntadas de tinta
en lagrimas de terciopelo.

Fui manto hebreo en la Fuente,
una oración de terciopelo,
el racheo en una cesta
y por ver su cara fui cielo.
Herida en los salesianos,
bambalina en Santa María.
Un abrazo bajo el arco,
quejío en Calle Partera
y bulería en Santiago.
Recuerdo en la Corredera,
un quicio de calle preciosa,
un pañuelo entre las manos,
saeta en Juan de Anaya
y azabache en el Altozano.

Levanté a pulso
mecí de costero a costero,
se me agolpo la sangre
en rimas de pasión y besos.
Para entregaros mi alma
y arriar mi paso a tierra,
y firmar mi último verso
de poeta y pregonera.

!Dando las gracias a Dios,
por haber nacido en Utrera!.



Consejo de Hermandades y Cofradías
Utrera



Excmo. Ayuntamiento
UTRERA